

Cuba y los intelectuales: una reflexión necesaria

¿CÓMO CONTRIBUIR A UNA CULTURA CUBANA DE CARA AL nuevo milenio? Quiero contestar esa pregunta abordando un tema que puede resultar incómodo pero es indispensable: el colaboracionismo de los intelectuales cubanos con el régimen actual y la necesidad de una reflexión al respecto.

A medida que la caída del régimen actual se hace más inminente, el tema de la responsabilidad de los intelectuales en su formación, apoyo y mantenimiento se vuelve más urgente. No es para menos: lo mismo ha ocurrido en otros ámbitos, como la Alemania y el Japón de la posguerra, para no hablar del reciente colapso del llamado campo socialista, que ha suscitado discusiones al respecto no sólo entre intelectuales de países como la ex-Unión Soviética, sino en Francia, que tanto apoyó esta causa. Cuba no podrá ser, en ese sentido, una excepción.

O a lo mejor sí. Un amigo poeta, conocido por su brillante nihilismo, me observa que esta discusión sería posible en un país como Francia, precisamente, que tiene una sólida tradición intelectual, pero no en Cuba, donde según él nunca ha habido intelectuales. Yo apuesto a que mi amigo poeta se equivoca y a que esta discusión ya está ocurriendo.

Durante mi estancia aquí en Miami, que ahora termina, nunca he visto el tema tratado en ninguno de los muchos comentarios políticos que se publican. En cambio, es comidilla constante en conversaciones privadas con amigos que se creen (y nos creen) inmunes al fenómeno. Encontrarse en una columna de la prensa local o en un restaurante de la ciudad al comisario o funcionario cultural que una vez fuera nuestro jefe, colega o perseguidor, es una realidad que aquí se vive con frecuencia. Nuestra reacción es casi siempre la misma: asombro e indignación seguida de solidaridad con la crítica que se expresa, o al menos que se insinúa, al régimen con el que se rompe. Pero si bien a veces se expresa una crítica al régimen, pocas

Enrico Mario Santi

o casi nunca se asume responsabilidad por la colaboración personal con el mismo. Un velo retórico recubre esa posibilidad e impide la reflexión: si el último en llegar al exilio no admite su colaboración, ha de ser porque percibe que el que llegó antes tampoco lo ha hecho. Como en *La Peste*, de Albert Camus, ninguno de los personajes puede identificar el mal, o siquiera erigirse en médico o enfermero para curar la plaga colectiva.

Desde luego que en el caso de nuestra historia se trata de un fenómeno antiguo. Si hablamos sobre colaboración, entonces ¿por qué no abordar la misma relación con el poder bajo las dictaduras de Machado y Batista, o de las corruptas administraciones de los Auténticos? ¿Acaso no podríamos incluir también la corrupción de intelectuales bajo las administraciones políticas antes de Machado, bajo las intervenciones norteamericanas, o la colonia española? Observo que por muy seductor que parezca este argumento relativista, y que podría extenderse a todo lo largo y ancho de nuestra historia, no puedo admitirlo como pretexto para diluir la necesidad más actual. Convengo en que un juicio global e histórico de los intelectuales en Cuba debería basarse en sus relaciones con el poder a secas, y no sólo en pactos con el totalitarismo padecido durante los últimos años. Pero no creo que ese juicio pueda obviar la responsabilidad personal de cada cual, que es lo que me interesa destacar aquí; o diluir el hecho de que el régimen actual ha sido, sin duda, el más eficaz de nuestra historia en lograr la complicidad de escritores, artistas e intelectuales para justificar su poder.

No reprocho la ausencia de ese tipo de reflexión; sí la lamentación. Una interpretación simplista de mi propuesta llegaría a la conclusión de que lo que pido es una cacería de brujas, versión liberal de las mismas autocriticas a las que nos acostumbraron Stalin y Castro bajo los nombres de Bujarin y Padilla. Aclaro enseguida que no sólo no me interesan las conversiones, sino que no creo en ellas, mucho menos en el caso de un intelectual. Toda conversión supone la creencia no sólo en un Dios hacia quien nos volteamos para salvarnos, sino en otro que abandonamos porque nos ha fallado. *El dios que falló* fue por cierto el título de aquella patética recopilación de la Guerra Fría de Richard Crossman de textos de Silone, Gide, Koestler y Stephen Spender, entre otros, donde se contaban las experiencias de sus “compañeros de viaje” y sus respectivas desilusiones con la utopía comunista. Como bien ha observado Edward Said sobre este tipo de contienda: “la batalla por el intelecto se convierte de esta manera en una batalla por el alma, de implicaciones muy dañinas para la vida intelectual”.

Entre nosotros, el paradigma de esta situación nos viene no del mundo intelectual, por cierto –donde brilla por su ausencia– sino de la farándula, con la reciente llegada a Miami de Osvaldo Rodríguez, cantautor de conocidas melodías como “La Voluntad como Cañón”, que una vez dedicara nada menos que a la Seguridad del Estado, pero que hace poco debutó, a todo trapo, en el Club Maxim’s de la calle Ocho. “No digo que merezca el perdón”, le dijo Rodríguez a Armando Correa cuando llegó a Miami hace poco más de un mes, “Mi perdón es con la frente en alto. Entiendo que cometí un error, que fui utilizado, que creí en una causa perdida, pero ahora me toca pedir perdón”.

Si la penitencia “en alto” de un Osvaldo Rodríguez parece inútil en el caso de un artista o intelectual, sí creo, en cambio, que pueda ser un modelo, *mutatis mutandis*, para la propuesta que tengo en mente. Descarto el modelo religioso, pero no así el económico, o práctico, para comprender la reflexión de un Osvaldo Rodríguez. Pues si lo que se quiere es hacer que el público exiliado de Miami vaya a escucharlo cantar al Club Maxim’s, entonces su reflexión parece válida. Rodríguez pudo haberse quedado en España, adonde fue a parar cuando salió de Cuba, o dedicarse a otras cosas, a pesar de su trágica ceguera, cuando llegó a este país. Pero su decisión de reflexionar sobre su experiencia parece coherente, por tanto, con sus intereses que son el de actuar en un foro público. Su reflexión pone a prueba su credibilidad, aún cuando esta se dedique a cantar boleros y guarachas.

Salvando las distancias, no creo muy distinto el caso del intelectual cubano actual. Esa distancia tiene que ver, ante todo, con su conciencia. Nadie debe o puede forzar su reflexión. Antes bien, debe ser espontánea, producto del cruce entre necesidad interior y reconocimiento del contexto histórico en que se vive. Por otra parte, si el intelectual realmente desea seguir actuando en un foro público, puede hacerlo únicamente a partir de una reflexión que obtenga la credibilidad que su actuación pública reclama. La observación se aplica hasta a aquellos escritores que dicen escribir únicamente para sí, o por amor a las abstracciones. Pues como dijera Jean Genet, se entra en la vida política desde el momento en que se publican ensayos en sociedad.

Reconocer el contexto histórico y actuar en él incluye, por cierto, la responsabilidad ante las generaciones futuras: esa cultura cubana que ya va hacia el nuevo milenio. Sin la reflexión de ese intelectual, esa cultura quedará gravemente mutilada, sujeta a la repetición inconsciente del mismo fenómeno que cometió. Un sofisma nacionalista nos llevaría a descartar análogas situaciones morales que se han planteado en otros ámbitos. Pero de todos modos hago mías las palabras de Jürgen Habermas cuando observa que: “Mientras más una forma de vida colectiva y destrucción se mantenga a través de la usurpación y destrucción de las vidas de los otros, más grande ha de ser el peso de la reconciliación, el trabajo de duelo, y la auto-examinación crítica que le caerá encima a futuras generaciones... y por eso debemos mantener vivo el recuerdo del sufrimiento de los que fueron exterminados”. Habermas dice esto a propósito del holocausto judío, pero no lo creo muy alejado de nuestro propio holocausto, que si bien no ha cobrado más víctimas sí sigue cobrando análogos sufrimientos.

Mi propuesta, que soy el primero en admitir puede resultar incómoda, puede ser tachada, además, de ilusoria. No me importa. Creo profundamente que el intelectual cubano existe, creo en su probidad intelectual y creo en su capacidad de reflexión. No creo, en cambio, ni en las soluciones colectivas ni en los llamados a discusiones en masa. La mejor respuesta a las llamadas “Palabras a los Intelectuales”, cuyos 35 años el Ministro Hart acaba de celebrar hace dos semanas, con bombos y platillos, en La Habana, es la respuesta solitaria, el testimonio honesto, que cada uno de nosotros pueda dar de lo que

“dentro de la revolución” llegó verdaderamente a significar. Hacerlo supone no sólo un acto de constitución del sujeto histórico cubano, su reintegración moral después de un holocausto, sino la proyección de una cultura política para el próximo milenio: la construcción de una sociedad civil.

La palabra diálogo, que a pesar de sus muchas virtudes ha sido pisoteada muchas veces por las manipulaciones del régimen, debería ser reemplazada por otra, que creo más resistente: la palabra debate. A su vez, sin embargo, ese debate sólo podrá ocurrir cuando haya debatientes reales constituidos por un testimonio exento de ambigüedades. Pedir otra cosa significaría contentarnos con las máscaras que ya hemos internacionalizado y traicionar la causa que verdaderamente cuenta: la libertad de nuestro espíritu.



Julio Girona.